

Elogio del insulto literario

J.J ARMAS MARCELO

El insulto es, sin duda, una de las categorías literarias más provocativa, no sólo porque sugiere (y obliga a) la contestación sino porque establece la vivacidad de una polémica en la que brilla el ingenio, el delirio imaginativo e irracional de los escritores y las infatuaciones pasionales de unos contra otros (y de todos contra todos). Nada nuevo bajo el sol, por otra parte, porque desde que la escritura occidental adquiere categoría literaria, el genio loco y arbitrario del escritor exige sus víctimas, utiliza hasta el abuso el mecanismo del impropio y busca exterminar al adversario (y, más allá, al enemigo) con frases brillantes, apelativos y dicerios que no admiten respuesta. Citar a Aristófanes en la Grecia clásica y volver sobre algunas de sus páginas implicaría empezar por el principio, antes de meternos de hoz y coze en el elogio del insulto literario en nuestros alrededores, en nuestros predios modernos y en nuestra geografía cultural.

Cualquier mexicano institucional, la mayoría de los que todavía buscan escapar de un mestizaje profundo y evidente (y, sobre todo, secular), tendría como insulto propio de un intelectual decadente la frase paradójica de uno de los más relevantes ensayistas y prosistas de las letras hispá-

«Desde que la escritura occidental adquiere categoría literaria, el genio loco y arbitrario del escritor exige sus víctimas, utiliza hasta el abuso el mecanismo del impropio y busca exterminar al adversario con frases brillantes.»

nicas, y uno de los más importantes escritores de toda la historia de México: Alfonso Reyes. Carlos Fuentes recuerda en uno de sus ensayos que Reyes retrató su desdén por el nacionalismo cultural mexicano en una sola frase que, sin duda, resulta insultante para los mexicanos institucionales y sacrales: si la literatura mexicana debe ser el mundo —escribió más o menos Reyes—, lo será porque es literatura, no porque sea mexicana. En toda definición hay unas fronteras que suelen

excluir más de la cuenta. En toda exclusión, definitiva o no, siempre hay un insulto que muchos no quieren admitir. Valle-Inclán, eso al menos se cuenta de él, poseía tal talento para el insulto hilarante e inmediato que se volvía loco por una sola frase brillante o uno de esos apelativos que hicieron fortuna hasta el día de hoy. A principios de siglo, cuando el modernismo bullía en la gran urbe, dijo al regresar de la Ciudad Condal que "Barcelona era una ciudad llamada a desaparecer". De todos es conocido el apodo que colocó para siempre en la figura de Galdós: "El garbancero", desproporcionado apelativo que no ha dado al traste con la obra del gran novelista insular.

En el Siglo de Oro de la literatura española los fénices y

genios de la misma se mataban unos a otros, se insultaban con el ingenio literario que les era propio y que formaba parte de su forma de ser y, naturalmente, buscaban en ello no sólo la descalificación del contrario sino insinuar y conseguir situarse el primero en una escala jerárquica que no pudiera ser modificada por el talante de nadie, visto los improperios que caían desde arriba por quienes lo intentaban. Los casos de Francisco de Quevedo, para mí el más grande escritor de todos los tiempos en la literatura española, y Góngora, en continuo enfrenta-miento y en un despliegue de ingenio que no admite dudas literarias, son un reflejo y una traducción excepcional de cuánto mueve el insulto en el alma de los escritores de todas las geografías y todas las épocas. No hay que recordar a Catulo, con quedarnos en Quevedo cuanto tiempo nos haga falta discutir es más que suficiente.

El genio del escritor es exclusivo, exclusivista y excluyente. Su vanidad, sea genial o no, también. En nuestra literatura más reciente el *ningu-*
neo es de un continuo trasiego en las jerarquías de escritores y escribidores. Juan Ramón Jiménez pasaba por un carácter destemplado, cuya acidez traducía el estado de ánimo que vulgarmente llamamos "mala leche". Se cuenta de él que no sólo despreció a Pedro Salinas y a toda su obra, de la que hizo la mueca chistosa de más largo alcance en su chismografía (en lugar de *La voz a ti debida*, Jiménez diría "la voz a mí debida"), sino que se adentro en los mares interminables del ninguneo cuantas veces algunas sombras literarias se acercaron a él para lo que fuera menester. De la *Revista de Occidente*, eso cuentan los suyos, dijo que era, sin duda, "La Revista del Desorientado", acierto ácido en donde no le faltaba mucha razón. Pero el ninguneo no pertenece sólo a la categoría de los escritores y a la literatura. En todos los ámbitos

de la creación artística, el ninguneo y el insulto figuran a la cabeza del ingenio. Picasso llamó a David Alfaro Siqueiros "pintor de pistola" tras la muerte de Trotsky en Coyoacán, México, con lo que venía a matar dos pájaros de un solo tiro intelectual: al pintor, que no le gustaba nada, y al sicario stalinista que había en Siqueiros.

En nuestros días el más grande insultador de nuestras letras, a lo largo y ancho del ámbito hispánico, es paradójicamente uno de los más grandes escritores: Jorge Luis Borges. Durante su larga y fructífera vida creativa e intelectual no dejó títere con cabeza y se encargó personalmente de establecer categorías jerárquicas dentro y fuera de nuestros universos. Cuéntase que la ingeniosa crueldad del ciego Borges resultaba tan impertinente y tan eficaz que todos quienes intentaban la respuesta terminaban peor que si hubieran guardado un piadoso silencio ante las invectivas de Borges. La realidad no sólo es insultante, sino también

«En toda definición hay unas fronteras que suelen excluir más de la cuenta. En toda exclusión, definitoria o no, siempre hay un insulto que muchos no quieren admitir.»

paradójica y literaria. Cuando el poeta Gerardo Diego se acercó hace unos años a saludar a Jorge Luis Borges, lo hizo seguramente impelido por el respeto que la personalidad y la obra del argentino le provocaron desde siempre. "Maestro, soy Gerardo Diego", se presentó educadísimo el poeta español. El argentino lo miró sin verlo y le contestó con la agresiva dialéctica del insulto que siempre iba con él. "¿En qué quedamos, Gerardo o Diego?". De *Cien años de soledad*, la novela que pasa por ser una de las más grandes escritas durante este siglo en nuestra lengua, vino a decir Jorge Luis Borges que «le sobraban cincuenta años», se supone que de páginas, de adjetivos, de literatura pantagruélica y voladora, "de Mary Poppins", como arguye —insultantemente, por cierto— sobre esa misma novela el cubano Guillermo Cabrera Infante. Pero con Borges, referencia obligada a la hora

de hablar en español del agua del insulto literario, la paradoja surgió en su propia vida cuantas veces la buscó el gran ciego a quien se le hizo cuento, en un poema extraordinario, que alguna vez nació Buenos Aires. Años más tarde del encuentro con Gerardo Diego, el Ministerio de Cultura español y el jurado del Premio Cervantes otorgaron el galardón al poeta español Gerardo Diego y al argentino Jorge Luis Borges, *ex aequo*, lo que vino a representar para los seguidores borgianos un «insulto literario» de difícil recibo. *Sic transit gloria scriptorum*.

Pero, en la década de los 80, la Academia Sueca llegó al sublime insulto contra Borges al otorgar al autor de Cien años de soledad, la novela a la que le sobraban cincuenta años, el Premio Nobel de Literatura. Pero en esa misma escala de insultos simpáticos (pero crueles), intelectuales (pero matadores) e hirientes (y, por tanto, descalificadores), García Márquez acuñó un chiste excepcional en el momento de recibir en 1967 el entonces prestigioso Premio Internacional de Novela Rómulo

Gallegos. Cuando los venezolanos, celosos de sus glorias literarias, le preguntaron al colombiano por la obra de Rómulo Gallegos, García Márquez contestó con "una mamadera de gallos" que ha hecho fortuna y no se ha perdido todavía en el olvido. "En Canaima", explicó García Márquez, "hay la descripción de un gallo que está muy bien". Claro que, cuando en 1982 los suecos, obviando a Borges, le dieron el Nobel tiempo le faltó a Mario Vargas Llosa, a la sazón en Italia, para afirmar una vez más que se lo habían de haber dado "a Borges", elogio del perdedor que descalifica —desde el criterio de quien elogia— no sólo al premiado sino también al galardón de la gloria eterna.

Pero Borges no ha dejado de ser, por gran escritor y, por tanto, insultador, zaherido por escrito-

res propios y extraños. Uno de los más grandes escritores e insultadores de la literatura universal en estos momentos se llama V. S. Naipaul, poco conocido en nuestros ámbitos pero sin duda uno de los más leídos en lengua inglesa. Mestizo, excéntrico, observador nato y hurón de la vida, Naipaul escribió unos reportajes sobre Argentina donde descalifica la visión de la historia de su país que Borges "idealiza e inventa", con lo que el trinitario no hace otra cosa que señalar el gran defecto físico del argentino: la ceguera también lo es intelectualmente, según Naipaul, en el caso de Borges. *El regreso de Eva Perón* es una pieza tan indestructible como cualquier poema o cuento de Borges. *Hombre de la esquina rosada*, por ejemplo, es un poema

«En el Siglo de Oro de la literatura española los fénices y genios de la misma se matabanunos a otros, se insultaban' con el ingenio literario que les era propio.»



homérico que Borges inventó desde su genialidad literaria, que además posee un doble que vive, respira y escribe, como subvirtiendo el orden natural de las cosas: Adolfo Bioy Casares.

En todas partes cuecen habas. Y el insulto no es propio de una época especial o de unos escritores cuya vanidad se alza por encima de la propia feria que han inventado para aplaudirse mutuamente o para

lapidarse hasta la muerte civil. Los últimos escarceos o insultos que se han dado en la literatura española de nuestros días son *peccata minuta*. Desde el advenimiento socialista al poder, en el 82, los ninguneos institucionales de muchos de nuestros gobernantes y el intento de su mediocridad más ramplona por jerarquizar a su antojo los prestigios literarios intelectuales son, a mi modo de ver, el peor insulto que puede hacerse a un país que recientemente ha recuperado sus libertades.

Aquellos barrojos trajeron estos lodos. Que «los ciento cincuenta novelistas» de Carmen Romero son un chistoso insulto que a algunos puede resultarles bochornoso no significa en ningún momento que no

haya habido un intento de *establihsment* generacional del socialismo del 82 por arrasar la historia literaria anterior que no le fuera adicta o, en todo caso, se plegara al silencio y al servilismo que exigían tácitamente quienes intentaban ordenar el sistema jerárquico de los prestigios en España. ¿Es o no un insulto la arbitrariedad con la que ciertos profesores universitarios, determinados jerarcas de la crítica literaria y algunos medios de información cultural se tomaron en la década tonta, la de los 80, las escalas reales de la literatura española, de la que V. S. Naipaul, precisamente en esa década, vino a decir a Madrid que no era "más que una provincia menor de la literatura del mundo"?

En algún artículo publicado en el *ABC Cultural* hablé de la necesidad de la literatura canalla —la vivificante literatura de los insultadores de todo género— en una España tallada a la medida del silencio y del servilismo institucionales. Cité a dos escritores que, para bien y para mal, se han hecho a sí mismos referencias de esa literatura del insulto, a la que me adhiero cada vez que haga falta para defenderla dentro del páramo reverencial de nuestros escritores: Francisco Umbral y Terenci Moix. Y cité también al más proverbial de los escritores norteamericanos en cuanto a literatura canalla se refiere: Truman Capote. Días más tarde, recibí un telegrama con el siguiente texto: «Gracias, canalla. Abrazos. Truman Capote». Era la respuesta inteligente de Umbral a un elogio que muchos escritores —no se si institucionales o simplemente dados al oficio mercantilista de la hipocresía— consideraron un exceso frívolo y, desde luego, un insulto gratuito. Pero si repasamos la biografía del gran superviviente de la época de Capote, veríamos qué opinión, qué elegantes insultos, qué desprecio desgrana dialécticamente Paul Bowles a la hora de los recuerdos de sus propios amigos. No sólo

Capote, sino Gore Vidal —rival del propio Capote en tantas cosas—, Tennessee Williams y Jane Bowles, además de Williams Borroughs, quedan como una crónica despedazada por el talento ninguneador del autor de *El cielo protector*.

Uno de los grandes ninguneados por la jerarquía institucional en la España de los 80 ha sido, sin duda, Camilo José Cela. Lo que sucede es que el talento de Cela y su capacidad de resistir a todo tipo de viboreo y muerte anticipada es muy superior a la tenacidad mediocre con que sus enemigos se empeñan en negarlo literaria y biográficamente. A estas alturas, la ingenuidad es un lujo que quienes sabemos que sabemos pocas cosas de cuantas nos ocurren alrededor no podemos permitirnos sin correr el riesgo de la muerte. Cela destapa, cada voz que le viene en gana, las esencias de una animosidad contra todo y contra todos que, por contrapartida, provoca el rechazo de unas minorías pensantes que también existen. E insisten en que él, Cela, ya no existe. Su natural propensión al histrionismo y a la exageración no son irracionales, sino que proceden directamente de una de las totémicas figuras de nuestra literatura: Quevedo. El resto es un desarrollo del talento que en España suele molestar más de la cuenta y que termina, si sobrevive al accidente continuo del ninguneo, por resultar incómodo a cuantos deseaban la

«Juan Ramón Jiménez pasaba por un carácter destemplado, cuya acidez traducía al estado del ánimo que vulgarmente llamamos "mala leche".»

muerte y la desaparición real del demonio. ¿Es hora de repetir, una vez más a destiempo, que para el Premio Cervantes es un insulto que entre sus galardonados no esté el nombre de Cela ni el de García Márquez? ¿Quiénes insultan más, los jurados ministeriales que, año tras año, negaron la posibilidad del Cervantes a Cela y a García Márquez, hasta que los suecos, en un paradójico insulto, otorgaron a ambos el Nobel de Literatura? No hay que pedir falsifica-

dones históricas (eso sí que es realmente un insulto demasiado repetitivo entre nosotros) para recordar que tan sólo un año antes de que a Cela se le otorgara el Nobel, uno de los más cualificados jóvenes narradores españoles, mundano, "viajero" y culto observador de las cosas de la vida, escribió un artículo en el que venía a expresar su indignación por el insulto que significaba que en España nos inventáramos siempre un candidato interior para todo. Cela era el centro de sus insultos y sus inventos, en un escrito donde "demostraba" que nos habíamos inventado nosotros, los provincianos de siempre, los inventores interiores, al candidato Cela para el Nobel de Literatura, cuando en realidad —según él— nunca había sido un verdadero "finalista" de tal galardón. Pero cuando al año siguiente los académicos suecos volvieron a fallar el Nobel y esta vez se lo otorgaron al autor de *La familia de Pascual Duarte*, algunos de los jóvenes leones de nuestra novela interior vociferaron con su estética habitual negando la evidencia. Aquellas cegueras han traído los últimos escarceos insultantes, levemente agrios, ligeramente sanos.

Cabe pensar, más en estos tiempos en los que del discurso del cambio parece pasarse lenta pero inexorablemente al cambio de discurso, que no por mucho madrugar amanecerá más temprano; que no porque

«En nuestros días el más grande insultador de nuestras letras, a lo largo y ancho del ámbito hispánico, es paradójicamente uno de los más grandes escritores: Jorge Luis Borges.»



vaya a cambiar el poder en España, y el discurso de ese mismo poder, las cosas vayan a cambiar entre nuestros escritores, sometidos casi siempre a la tentación espas-módica del insulto como parte de la literatura canalla, exgrimida como categoría literaria y como una de las Bellas Artes. Sobran los casos, algunos realmente insultantes, en los que de verdad la sangre ha llegado al río. Sobran los casos en los que el *establishment* cultural de España, o de cualquier otro lugar del mundo, ha privado de su sitio y de sus honores a quienes, por una u otra razón, caían antipáticos al sistema y resultaban incómodos a quienes detentan el poder fáctico de los ciudadanos. Extenderse en anécdotas y en episodios en los que el insulto brilla por sí mismo como un alarde de independencia intelectual resulta finalmente baladí, sobre todo en un tiempo en el que —como expresaba Durremat, seguramente siguiendo a Brecht— se hace muy difícil explicar lo evidente. El insulto, por evidente y por eterno, no es más que la expresión de una resistencia que lucha por mantenerse en el ámbito independiente de la literatura. Y eso se paga con el silencio, el excesivo ninguneo institucional y, a veces, el criminal silencio civil sobre una obra creativa y una biografía ejemplar en muchos conceptos. Nada, por otro lado, nuevo bajo el sol.

J. J. Armas Marcelo es escritor.